

Libros, textos y lecturas en la universidad medieval

Autor/es: ACERO, Fernando. facero@fi.uba.ar

Institución de Procedencia: Universidad de San Andrés

Eje Temático: Diseños metodológicos de la investigación educativa con predominio de enfoques hermenéuticos

Palabras clave: libro - texto – lectura - universidad medieval

Abstract

La línea de investigación de alfabetización académica advierte actualmente que las universidades no deben presumir la capacidad lectora de sus estudiantes de los libros técnicos, desentendiéndose de sus responsabilidades. ¿Cuál fue la actitud de las primeras universidades medievales respecto a libros, textos y lecturas? Este trabajo se propone contestar parcialmente esta pregunta, dando cuenta del estado de avance de la Tesis de Doctorado en Educación por la Universidad de San Andrés del autor. La pregunta misma está construida en términos del entorno conceptual en la corriente de Roger Chartier orientado a la reconstrucción de los espacios legibles. La metodología, consistente con el marco teórico, parte de la distinción entre: *libro* (el soporte físico con el que se encuentra el lector), *texto* (contenido portador de significados) y *lectura* (prácticas de interpretación de los textos). Mediante fuentes secundarias se construye el significado asignado a cada dimensión en el contexto medieval al momento del nacimiento de las universidades. La sobreimpresión sobre el trasfondo así conformado, del tratamiento propio dado por las universidades a los tres aspectos, permite recortar la silueta de su especificidad emergente.

RESULTADOS. Las universidades tuvieron una influencia decisiva sobre los modos de producción del libro y nuevos oficios y sistemas de reproducción se desarrollaran bajo su supervisión, garantizando que los manuscritos procedieran de un mismo original, del que fueran copia relativamente fiel. Las lecturas, tanto en sus modos como en su discusión, junto con sus interpretaciones admisibles, se organizaban de modo público en las mismas instituciones.

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es caracterizar la naturaleza de las relaciones establecidas entre las universidades en el Occidente medieval y los libros utilizados por sus profesores y alumnos, a los efectos de una posterior contrastación con el estado actual de esas relaciones. El estudio presenta una reconstrucción histórica que es parte necesaria de la Tesis de Doctorado en Educación que el autor desarrolla en la Escuela de Educación de la Universidad de San Andrés. Actualmente se cuenta con suficiente evidencia de que la lectura de un libro de cualquier género, tal como hoy se presenta, si ha de leerse con cierto grado de responsabilidad inevitablemente reclama un elevado nivel de intimidad y concentración (Steiner, 2007, pág. 64), del que conviene estar advertido, en vista de la aparición de un tipo de estudiante universitario en el principio del siglo XXI que “ya no tendrían el reflejo espontáneo de leer y les sería dificultoso hacerlo en soledad” (Chartier A.-M. , 2004, pág. 110). Tratándose ya de textos de carácter técnico de nivel universitario, se añade una exigencia derivada de la especificidad del lenguaje y las convenciones sobrentendidas, que elevan la competencia lectora requerida a niveles tales que no autorizan a las instituciones universitarias dar por supuesta la alfabetización de sus alumnos, como un estado previamente adquirido en ámbitos no universitarios (Carlino, 2003, pág. 411). Las universidades no parecen reconocer que los modos en que están escritos los libros que se espera sean leídos en la comunidades académicas de la educación superior no son una prolongación natural de lo que cabría suponerse que los alumnos han aprendido previamente (Carlino, 2009, pág. 23). Por el contrario, la lectura de textos por alumnos que carecen del conocimiento específico de sus contenidos altamente organizados, y sin estar en posesión de las categorías de pensamiento que son organizadas y estructuradas por la disciplina misma en la que esos alumnos se están formando, producirían en el lector una sensación de desorientación que le lleva de inmediato a una desconexión del texto, al no tener un repertorio de decodificadores que le permitan recorrerlo, estableciéndose una considerable distancia entre lo dicho en el texto y las concepciones del lector (Haswell, Briggs, Fay, Gillen, Shupala, & Trevino, 1999, págs. 12-13; Carlino & Estienne, 2004, págs. 170-171; Poulain, 2004, pág. 21). En suma, las líneas de investigación identificadas con lo que se denomina ‘alfabetización académica’ adjudican una cierta indiferencia o despreocupación a las instituciones universitarias, respecto de los modos en que los estudiantes se apropian de los textos técnicos que ellas mismas incorporan en el currículum al incluirlos en las bibliografías de las asignaturas.

Resulta entonces de interés un recorrido longitudinal a través del desarrollo histórico de las instituciones con el foco en el tipo de relación establecida entre las universidades y los textos, del que pudieran extraerse las dimensiones del problema. En este estudio se presenta la primera estación de tal recorrido, iniciado con el surgimiento de las universidades en la Alta Edad Media, universidades que por entonces “reemplazaron a los monasterios como centros de la cultura occidental” (Johnson, 1999, pág. 325). Ahora bien, la naturaleza de una relación cualquiera exige que se tenga desde el principio alguna idea de los contornos gruesos de los términos entre los que se establece esa relación y del contexto en el que se desenvuelve. Universidades y libros son vocablos cuya denotación y sentido convendría desprender, en la medida de lo posible, del que tienen adherido por el uso corriente en la actualidad. Reconocer la limitación que sobre este estudio impone la imposibilidad de alcanzar de manera absoluta el despegue de la connotación de los términos utilizados, no autoriza a renunciar a una reconstrucción parcial de su denotación. La apelación a términos del idioma original se limita a aquellos casos en que una innecesaria traducción podría introducir una distorsión evitable a la connotación¹.

La estrecha vinculación entre las universidades medievales y los libros se encuentra suficientemente documentada en las investigaciones (Díez-Borque, 1995, págs. 44-46, 60; Vignaux, 1999, págs. 66, 72; Labarre, 2002, págs. 40-43; Dahl, 2003, pág. 74; Tagle, 2007, págs. 129-130) que señalan el papel preponderante de las universidades en el proceso de creación y difusión del libro hacia finales del siglo XII y comienzos del XIII. Aunque la enseñanza tenía en un principio un preponderante carácter oral y público, concediendo un gran espacio al ejercicio de la memoria, paulatinamente la práctica de la glosa, la discusión y el comentario de los textos tornaron cada vez más necesario al libro tanto para profesores como alumnos (Colla, 2010, pág. 175; Le Goff, 1996, pág. 87; Pedersen, 2000, págs. 128-132; Nava Rodríguez, 1992, pág. 195), como por ejemplo en París, donde “los estudiantes ocupaban todo un barrio sobre la orilla izquierda del Sena, que todavía hoy se llama el barrio latino. Toda esta muchedumbre brillante, alegre y hambrienta tenía necesidad de libros” (Ilin, 1990, pág. 89). Así, el establecimiento de las primeras universidades posibilitó una forma arcaica del negocio de librería con tales características como no había existido en el resto del Medioevo y concurre con la mutación que, ya desde fines del siglo XI, trasladó progresivamente el centro de gravitación de la vida cultural y económica de las comunidades rurales a las ciudades, resurgidas tras un eclipse de cinco siglos, con sus actividades específicas de comercio y artesanía² (Le Goff, 1992, págs. 65-68; Romero, 2006, págs. 157, 171-172; Labarre, 2002, págs. 41-42; Touchard, 1996, págs. 142-143). Es sabido que los

reyes fueron optando por conceder a sus pobladores fueros que los protegían de los grandes señores feudales, dando una base a la incipiente burguesía, transformando la Europa occidental en un mundo en el que las ciudades pasan a tener un peso mayor que el de la misma época romana³ (Colla, 2010, págs. 174-175; Romero, 2006, págs. 64-67, 157; Romero, 2008, pág. 19; Bühler, 2006, págs. 170-171). “El intelectual de la Edad Media –en Occidente– nace con las ciudades” (Le Goff, 1996, pág. 25), entendiendo por intelectual al que hace de la escritura o la enseñanza su oficio exclusivo⁴. Es de este sector del cuall “había de salir buena parte de los letrados, eclesiásticos y laicos que brillaron durante los dos grandes siglos de la cultura de la alta Edad Media, el XII y XIII. Ellos dieron brillo a las universidades...” (Romero, 2006, 157)⁵.

Si bien no hay saltos bruscos entre Carlomagno y el recorte temporal de este trabajo (siglos XII-XIII), la distancia es suficiente, si se acepta con Koyré que “los cambios imperceptibles desembocan en una diversidad muy clara... a una cierta distancia los hombres de una misma época tienen un cierto aire de familia” (2007, págs. 9-10), para permitir una semblanza de algunos elementos pertinentes del período extendido sobre los reinos de Carlomagno con la figura saliente de Alcuino, Luis el Piadoso y Carlos el Calvo (Vignaux, 1999, págs. 13-14; Abbagnano & Visalberghi, 2008, págs. 150-151). La aspiración de Alcuino de ver la Galia como una nueva Atenas, una nueva Roma iluminada por las siete artes liberales, proseguida en la *Schola palatina* con la figura de Juan Escoto Erigena se vio en los hechos bastante reducida; el brillo de las siete artes alumbraba principalmente sobre la monarquía clerical carolingia y su equipo de ministros y sabios que irradiaban desde Aquisgrán, pero fue suficiente para imprimir un importante impulso a las artes y las ciencias, legando con su labor de copia y crítica la mayoría de las obras clásicas (Bühler, 2006, págs. 187-188). Se introduce a través de la escuela carolingia una especial preocupación por la fidelidad de los manuscritos a los textos originales, aspirando a lograr ediciones filológicamente correctas de la literatura clásica, lo que exigía algún grado de especialización y la existencia de ejemplares que se consideraran más confiables o próximos al original (Dahl, 2003, págs. 62-63).

Los libros son principalmente producidos en los monasterios, en los talleres de escritura (*scriptoria*) monásticos a cargo del *armarius* que cumplía también funciones de bibliotecario⁶. Según el parecer del medievalista Le Goff, los manuscritos de la época serían obras de lujo que parecerían menos para ser leídos que para ser ostentados como un bien que se atesora en una biblioteca catedralicia o monástica, o de algún particular (1996, pág. 27). Esta generalización es tomada con cautela por los historiadores del libro, quienes observan que, junto a los manuscritos de lujo, con esplendores en el tipo de encuadernación y en el arte de la

ilustración e iluminación de los textos, “han existido muchos, decorados modestamente o sin decoración alguna y que no todos los monjes y religiosas dedicados a la ilustración de libros fueron tan grandes artistas” (Dahl, 2003, pág. 62), y que muy probablemente los libros de carácter lujoso que han sobrevivido se hallen representados por encima de su real participación. La voluntad de una centralización política y cultural originó la reforma de la escritura que dio lugar a la *escritura carolingia*⁷, una evolución de la minúscula merovingia con caracteres más uniformes que torna el texto más legible y la escritura más sencilla, y fue reemplazando las escrituras nacionales, dando origen a la letra gótica hacia la mitad del siglo XII. (Le Goff, 2005, págs. 36-37; Díez-Borque, 1995, págs. 36-38; Dahl, 2003, págs. 54-58, 62-64). El códice medieval, por lo general escrito a doble columna con relativamente amplios márgenes, resuelve de maneras muy diversas los procedimientos de ocupación del espacio con ilustraciones, incluyendo la distribución de colores; la encuadernación excede la función de protección o reunión de los folios para producir obras de arte congruentes con la factura de la escritura, pudiendo ser de marfil, metales preciosos, madera decorada, pieles de diferente calidad y grados de elaboración hasta llegar a una cubierta simple de pergamino liso. Las diferentes facturas del libro quedan asociadas con la pertenencia a la clase social del que lo apadrina o lo atesora y, en definitiva, “de la dotación pecuniaria para llevar a cabo la obra”. El libro no es solamente objeto ordenado a la fijación y transmisión de un texto, en una función puramente comunicativa, sino que se construye con un arte que lo convierte en un signo de clase (Diez-Borque, 1995, págs. 16, 24, 57; Dahl, 2003, págs. 68-72).

En el interregno entre la época carolingia y el surgimiento de las primeras universidades, la educación fue llevada a cabo por el clero, en escuelas llamadas monásticas parroquiales o catedralicias según la institución que las amparaba; si la instrucción elemental se desarrollaba en las parroquias, lo que podría llamarse media y superior tuvo lugar en los monasterios y catedrales; desde mediados del siglo XII también aparecen modestas escuelas laicas en las ciudades⁸. Las escuelas catedralicias más importantes, dependientes del obispo a través de la figura del *cancellarius*, comenzaron a otorgar una habilitación para la enseñanza, si bien limitada a la diócesis, llamada *licentia docendi*, y posteriormente ampliada a una *licentia docendi ubique*. Precisamente, la habilitación del diploma para enseñar ‘dondequiera’, junto al hecho de que atraían estudiantes que excedían largamente los límites de la diócesis, esta doble condición de exceder el carácter local se cristalizó en el nombre de *Studium generale* con el que estas escuelas se conocieron⁹. En el siglo XI las influyentes escuelas catedralicias de Chartres y Laon (especialmente en gramática y literatura), fueron cediendo terreno a las de

París (filosofía, teología), Bolonia (derecho), Salerno y Montpellier (medicina) (Abbagnano & Visalberghi, 2008, págs. 150-153)¹⁰.

Este apretado e incompleto panorama de los libros antes de la aparición de las universidades, del que han quedado excluidos los lectores y los textos mismos¹¹, interesa solamente en virtud del contraste que se introduce con el contexto en el que aparecen las primeras universidades, en donde el significado del libro, sus aspectos materiales y los modos de fabricarlo se vieron alterados por las necesidades de las universidades.

2. Referentes teóricos-conceptuales

Los estudios sobre el libro pueden situarse según sus perspectivas de análisis, en una visión simplificada unidimensional, sobre una línea horizontal. El extremo izquierdo de esa línea adoptaría como punto de partida que las lecturas vienen determinadas principalmente – si no exclusivamente– por la estructura física del libro, su organización textual y expresión material; esta expresión sería, estaría condicionada –si no determinada– por los criterios de poder y su distribución en la sociedad en la que el libro circula. Deslizándose por esta línea hacia la derecha, algunas o todas las determinaciones irían cediendo en su fuerza determinante o condicionante, dejando así espacio al subjetivismo del lector, que va eligiendo cada vez con mayor libertad el modo de apropiación del texto: en el extremo derecho el subjetivismo tendría tal potencia que podría pasar a considerarse el texto como un mero desencadenante de la actividad de interpretación del lector¹². La perspectiva de este trabajo lo sitúa en algún punto próximo al equidistante de ambos extremos.

La conveniencia de recoger elementos de las dos perspectivas puede ejemplificarse recordando que la lectura en soledad, aunque iniciada antes de la imprenta, se potenció por la convergencia de esta técnica y el luteranismo. La lectura individual produjo una traslación de la autoridad de interpretación del texto, así internalizada en el lector (Littau, 2008, págs. 41-42), resultando entonces un deslizamiento desde la izquierda a la derecha de la línea, siendo precisamente la postulada dependencia de la tecnología y las formas (extremo izquierdo) lo que desencadena un incremento del poder del lector (extremo derecho). El ejemplo actúa como testigo de que la legibilidad de un texto no sólo depende de sus condiciones materiales sino que es, también, una cuestión conceptual que atañe a la manera en que se concibe la lectura. “La manera en que la gente lee, incluso la experiencia misma de la lectura, dependen de las tecnologías usadas para registrar la palabra escrita” (Littau, 2008, pág. 21).

Una mayor precisión acerca de las coordenadas teóricas de este trabajo se alcanza reemplazando el anterior segmento, por un triángulo cuyos vértices son: la estructura material del libro, el texto del libro, la lectura del texto. Es precisamente la distinción entre los tres vértices con la intención de tomarlos en consideración situándose, por así decirlo, en su baricentro, uno de los rasgos esenciales del entorno conceptual generado por Roger Chartier (2002; 2005a; 2005b; 2005c; 2006; 2007), y del que este trabajo se vale. En este sentido, se diferenciarán, en lo que sigue y conforme a este marco conceptual, (a) el texto, en tanto contenido sustancial del que el lector se apropia; (b) el libro como soporte material del contenido y que llega a las manos del lector; (c) la lectura, considerada como el conjunto de modos, prácticas y usos o apropiaciones que el lector hace del contenido textual que encuentra en el libro material que manipula. La distinción está ordenada menos a la separación que a la reunión de los tres aspectos que usualmente se hallan desarticulados en la tradición académica. En esta tradición se encuentran estudios acerca de (a) la estructura de los textos, sus alcances y significados; (b) la historia de los libros y en general, de los objetos que han servido de vectores de lo escrito; (c) el estudio de las prácticas que se ponen en juego para apropiarse de los contenidos de esos objetos, produciendo usos y significados múltiples. La convergencia de estas tres vertientes, o al menos la localización de los canales que las conectan permite una aproximación teórica que reúne la crítica textual, la historia del libro y la sociología histórica de la cultura (Chartier R. , 2005b, pág. 24; Chartier R. , 2002, págs. 61-62; Chartier R. , 2007, pág. 13).

Las prácticas mismas se producen en un lugar y en un momento determinado, que es necesario precisar en tanto participan de la formación del marco interpretativo que los propios actores elaboran. Dentro de las aportaciones de la historia de la cultura correspondería “construir la historia de los textos, de las obras y las prácticas culturales como una historia de doble dimensión” (Chartier R. , 2005a, pág. 23), y en esa construcción se precisaría localizar el objeto de estudio en la zona de intersección de dos líneas. Citando a Carl Schorske, el mismo autor describe una línea, vertical, que pone en relación el objeto en estudio con expresiones previas en el mismo campo, y una segunda línea, horizontal, que lo relaciona con lo que aparece con otras ramas o aspectos de la cultura en el mismo momento.

Esta construcción da lugar a un discurso histórico que, aunque portador de un contenido sujeto a verificabilidad, adopta la forma de una narración (Certau, 1975, pág. 110). Esta mirada debilita la pretensión de una coincidencia entre supuestos hechos sólidos de un pasado cristalizado y la explicación histórica que lo actualiza, y genera la reflexión acerca de que el reconocimiento de componentes narrativas en la escritura de la historia, no implica la

negación de conocimiento científico sujeto a pruebas y controles¹³, por mucho que sea inevitable una “brecha existente entre el pasado y su representación, entre lo que fue y lo que no es más, y las construcciones narrativas que se proponen ocupar el lugar de ese pasado” (Chartier R. , 2005a, págs. 22-23).

¿Y en qué consisten, las pruebas y controles de que el relato, así construido, pueda alcanzar el rango de conocimiento? O, en términos más apropiados a este marco conceptual ¿cuáles son los rasgos esenciales que disuelven la oposición entre relato y conocimiento, saber crítico y narración? Una respuesta se refiere al paradigma denominado ‘indiciario’ por Carlo Ginzburg, cuyo nombre proviene de que “funda el conocimiento en la recolección e interpretación de las huellas y no en el procesamiento estadístico de los datos” (Chartier R. , 2005a, pág. 24). Lo que legitima la construcción del relato histórico es su desdoblamiento, se diferencia de cualquier otro relato “por las citas, por las referencias, por las notas y por todo el sistema de remisiones permanentes a un primer lenguaje, el discurso se establece como *saber del otro...* la estructura desdoblada del discurso funciona como un artefacto que obtiene de la cita una verosimilitud para el relato y una convalidación del saber; produce, así, la confiabilidad ” (Certeau, 1975, pág. 111).

En la sección siguiente se presentan los métodos que han permitido alcanzar el objetivo de expresar el carácter de las relaciones entre las universidades y sus libros (en rigor, con sus libros, textos, lecturas y lectores).

3. Aspectos metodológicos

Estableciendo un paralelo entre las perspectivas de análisis descritas en el punto anterior y los métodos adoptados de modo predominante, aunque no exclusivos, puede decirse que los estudios que apuntan a los mismos textos ha utilizado preferentemente técnicas cuantitativas vecinas al análisis de contenido, mientras que las centradas en el libro como objeto material han recurrido a técnicas más propias de las ciencias históricas con su correspondiente elemento hermenéutico, al igual que la mayoría de los estudios acerca de lecturas y lectores. Desde el entorno conceptual adoptado en este trabajo, inscripto en las aportaciones de la historia de la cultura, se reconstruyó la relación entre las universidades y sus libros situando los significados que pueden inferirse a través de una organización de las fuentes secundarias seleccionadas, detalladas de modo transparente en la bibliografía entrelazada con el sistema de referencias, notas y citas.

La selección de las fuentes disponibles se efectuó, superado el criterio básico del reconocimiento de autoridad en el campo, por su grado de proximidad y pertinencia al núcleo

del trabajo, centrado en la naturaleza de las relaciones universidad-(libros, textos, lecturas), interviniendo además el recorte temporal (siglos XII-XIII). Reduciéndose este trabajo a una estación de un proyectado análisis longitudinal, resulta inevitable la pérdida de la dimensión vertical mencionada en el marco conceptual; como una manera de atemperarla, se ha extendido ligeramente la amplitud temporal hasta la época carolingia, proporcionando un mojón de referencia que permitiera dimensionar en qué sentido se podía hablar de la revolución del libro en el siglo XIII. Esa extensión temporal se reduce a lo presentado en el apartado de Introducción de este trabajo.

Los ejes definidos en el apartado anterior (libros, textos, lecturas) proporcionaron una grilla de lectura de las fuentes seleccionadas, actuando como indicadores de los datos que son considerados relevantes para la investigación. Tras el proceso de lectura, se identificaron los actores principales que en el escenario medieval podían dotar de significado, con sus palabras o sus acciones, a los términos de esta investigación; entre esos actores pueden mencionarse las universidades, los colegios universitarios, los libreros, los copistas, los estudiantes y los profesores. Las fuentes inicialmente seleccionadas debieron admitir una ampliación tras una primera lectura, principalmente en la incorporación de estudios acerca de la cultura medieval.

Con el objetivo de la investigación centrado en la relación de las universidades con textos, libros y lectores, fue necesario prestar especial atención a las prácticas institucionalizadas de control de las universidades sobre los procesos de producción de los manuscritos que serían utilizados, al mismo tiempo que a los modos en que ese uso se hacía realidad en la enseñanza. Por otra parte, también se atendió a posibles desvíos de lo que pudiera ser la norma establecida respecto a los usos anteriores, que pudieran de alguna manera señalar las fugas de los controles. También se siguieron, en las fuentes, los modos que adoptaba la relación universidad-libro a través de los diversos eslabones de la cadena de producción y reproducción del manuscrito a través tiempo abarcado por este estudio.

Aunque ya en el borde de las limitaciones de este estudio, se indagó acerca de las posibles diferencias en las objetivaciones de la relación universidad-libro según se variara el ámbito local, adoptando como representantes más disímiles la Universidad de París y la Universidad de Bolonia. El objeto de esta lectura se dirigió a estimar el grado de estabilidad a los desplazamientos espaciales, que inevitablemente arrastraban desplazamientos temáticos.

Tras el conocimiento de las pruebas documentales y la construcción de los objetos con las dimensiones que se interpretan como rasgos esenciales, o al menos necesarios, se elaboró el relato presentado en el siguiente apartado, siguiendo las reglas de validez interna, dejando a la vista las referencias y citas con las que fue construido, proporcionando a los lectores los

elementos para juzgar acerca de las inferencias expuestas como resultados por el autor, y que encabezan el párrafo del siguiente apartado.

4. Resultados alcanzados y discusión

Se pueden sintetizar los resultados de este trabajo en un párrafo. El libro fue, en el período del nacimiento de las corporaciones denominadas universidades, un artefacto muy diferente al de la época carolingia. La diferencia se extiende en varias dimensiones, que abarcan desde la organización interna y los modos de producción, los títulos, sus notas físicas, el significado inferido a través de los usos en la comunidad de alumnos y profesores, y ocasionalmente explicitado por los mismos lectores o escritores. Las universidades, cuya enseñanza misma orbitaba alrededor de los textos, se mostraron especialmente preocupadas por los diversos aspectos que van desde la calidad del libro, pasando por la fidelidad del texto, hasta las prácticas mismas de su lectura e interpretación. Esta vigilancia se extendía hasta los procedimientos mismos de reproducción de copias y las regulaciones de estos oficios quedaban incorporaban a los mismos estatutos. El carácter y la intensidad de la relación de las universidades con los libros, que son vistos como instrumentos propios del oficio intelectual, pueden considerarse relativamente estables ante las variaciones de especialización temática y de localización, al menos en el llamado *siglo de las universidades*.

La evidencia, que puede ser discutida, como sustento de los resultados enunciados de modo compacto en el párrafo anterior, es producida a partir de las fuentes secundarias según lo expuesto en el apartado de los aspectos metodológicos. Lo que sigue de esta sección presenta, conforme al entorno conceptual, lo que podría denominarse el núcleo del relato construido a partir de esas fuentes. Para permitir el juicio crítico de la narración, se añaden algunas notas al final que, ampliando los márgenes de este trabajo, pueden consultarse para mayores precisiones.

Las universidades, corporaciones surgidas de la especialización de las grandes escuelas catedralicias, con un notable incremento de la población estudiantil, la movilidad e internacionalización de alumnos y profesores, reconocen orígenes tan borrosos como las de cualquier otra corporación¹⁴. Ni siquiera se tiene la certeza que sus primeros estatutos, alcanzados como resultados de lentos procesos, sean los mismos que se han conservado como evidencia documental. Los estatutos definen la organización de los estudios y su duración, los programas, los sistemas de evaluación. Los libros de texto llegaron a incorporarse a los mismos estatutos, lo que los convertía en parte material de la organización misma de la universidad; esta inclusión traía aparejada una cierta rigidez en la bibliografía, dado que una

modificación exigía la de los mismos estatutos. Puede tomarse, por ejemplo, la lista de lecturas obligatorias para el primer grado de bachiller hacia 1255 en la Universidad de París¹⁵, que sólo fue revisada más de cien años después –1366– y el syllabus resultante se mantuvo otra centuria, hasta la reforma del cardenal de Estoutvilles en 1452. Esta imagen estática de la bibliografía oficial contrasta con una relativa movilidad de los otros tipos de textos mencionados de que se servían los estudiantes, lo que puede observarse comparando las listas de libros y copias disponibles que los *statotinari* estaban obligados a confeccionar (*listas de gravamen*)¹⁶.

Lo que podría denominarse el *curriculum* universitario se componía básicamente de la lista de los libros obligatorios, pero se añadía también un cronograma de lecturas. Estos calendarios establecían el tiempo que debía dedicársele a cada texto, fijando así un ritmo de estudio que orbitaba alrededor de estas obras. Tanto profesores como alumnos debían leer los textos listados en los programas, a los que se añaden los cursos de los profesores que se conservaban por escrito a través de notas de los mismos alumnos –las *relationes*– y muchos de ellos eran publicados y se tenían como un material valioso para la preparación de los exámenes. Estos libros surgidos de las notas de clase comprendían una serie de distinciones, argumentos y refutaciones que ayudaban a sostener los debates orales que seguían a una lectura, cuya interpretación misma estaba institucionalmente organizada. El texto de los libros se transformó de esta manera en un instrumento del intelectual, como las redes del pescador o el martillo del herrero; ningún intelectual de la época podría ignorarlo, y si lo hiciera, se asemejaría a un guerrero que ignorara cuáles son sus armas¹⁷. La transformación del significado del libro queda bien expuesta por la introducción de biblias universitarias, biblias de bolsillo que son menos un libro de oración que un material de estudio, escritas por lo general en dos columnas con una escritura apretada para mejor rendimiento del espacio, con rúbricas que separan secciones para que el lector pueda orientarse rápidamente en los pasajes que debe estudiar y la inclusión novedosa de los índices para facilitar al estudiante la localización de fragmentos temáticos. Junto a estos libros pequeños y portátiles convivían otros de gran formato con dos columnas de texto centrales y el resto del espacio destinado a los comentarios¹⁸. Las diferenciaciones y jerarquía relativa de las diversas partes del texto eran señalizadas con múltiples recursos, que iban desde el color hasta el índice alfabético, pasando por sumarios o resúmenes y prefacios, notas o llamadas para introducir un comentario, con sus anclas correspondientes indicando su alcance; el conjunto convertía el texto en un material de consulta. Este sistema de *index*, introducido a principios del siglo XIII, se desarrolló con un nivel de detalle y precisión que supera los actuales, dado que para cada

palabra de entrada del índice se remitía no solamente a la página, sino a su ubicación en ella identificando el párrafo, el que a su vez estaba señalado con una pequeña letra-rúbrica en el margen del texto, que actuaba como ancla de referencia¹⁹. No debe entenderse que estas señalizaciones y simplificaciones de la lectura tuvieran alguna intención de inclusión; sólo una ínfima minoría de la población no destinada a funciones clericales estaba en condiciones de leer, el abismo creado entre el clero y los laicos desde la adopción del latín por los carolingios se había ensanchado tanto que laico o analfabeto se consideraban sinónimos hacia el siglo XII²⁰.

Se presenta así, en el siglo XIII, una verdadera revolución en los ámbitos del libro, además de un fuerte incremento en la cantidad misma, que tienen a la universidad como centro, cuando no taller mismo. La gran necesidad de libros que esto supuso dio lugar a modificaciones en el proceso mismo de la fabricación de los manuscritos y en los aspectos materiales y formales que configuran el libro. Las universidades intervinieron de modo directo en la organización de un sistema que asegurara una cierta fidelidad de las múltiples copias que eran necesarias poner en circulación. El sistema de la *pecia* (pieza) fue la respuesta dada al problema, y aunque es algo incierto el lugar donde pudo haber sido concebido, consta que todas las universidades tuvieron el mismo sistema editorial. Una *pecia* era el nombre dado a cada una de las piezas de cuatro folios (piel de carnero doblado en cuatro), independientes entre sí, en que se dividía un texto corregido y controlado por la universidad, una suerte de ‘texto oficial’ llamado *exemplar*. Cada una de las piezas así obtenidas podía darse a diferentes escribas, acelerando los plazos de escritura del libro completo; los productos de este taller (*botteghe*) de copistas se iban entregando muchas veces por fascículos a los estudiantes²¹. La importancia de esta innovación puede medirse por una frase acuñada en los estatutos de la Universidad de Padua hacia 1264 que declara que “sin ejemplares no habría universidad” (Le Goff, 1996, pág. 88). Es precisamente a partir del siglo XIII que se produce este rudimento de mecanización de la producción del libro en los *scriptoria* dedicados a los libros de texto; el que está a cargo del taller –el *scriptorium*– repartía las *peciae*, cada una de las cuales llevaba un número que indicaba su posición. Una vez cotejadas con el ejemplar, eran alquiladas para que de ellas se hicieran las correspondientes copias, lo que introduce la figura de los *stationarii*, intermediarios que se responsabilizan por tener esas versiones ejemplares, sustituir las *peciae* que se desgastaban por la manipulación, junto a funciones menos reglamentadas. “Con el incremento de las universidades y la población surgió la necesidad de comprar en vez de arrendar el material necesario para las prácticas y entonces los *stationarii* se convirtieron en *librarii*”²². Se ha hecho notar que la mentalidad de los *stationarii* medievales no difería

demasiado de la correspondiente al editor contemporáneo, al menos en lo que se refiere a su interés en ganar dinero, y que si aceptaba esa vigilancia de las universidades por los privilegios que suponía contar con la clientela estudiantil, esto no impedía que ejercieran algún tipo de influencia sobre los profesores para generar, textos ‘prometedores’, ya que los costos, si bien se reducían, seguían siendo bastante elevados²³.

La intensidad del cuidado de las universidades por los libros puede estimarse si se considera que estos *stationarii* y también sus escribas eran o bien empleados de la universidad, o bien se encontraban bajo su vigilancia. “Los estatutos de la Universidad de París, promulgados en 1215, estipulaban que el *librarius* debía prestar juramento a la institución, comprometiéndose a hacer copiar y a difundir las obras que figuraban en sus programas de estudio” (Colla, 2010, pág. 177). La universidad les exigía de disponer un número suficiente de ediciones de los ejemplares más usados y arrendarlos a los estudiantes o escribas profesionales, normalmente por una semana, para ser copiados a cambio de un precio. Aunque las cifras del mercado eran bastante reducidas, debió resultar beneficiosa teniendo en cuenta la gran cantidad de *stationarii* que se establecieron en las inmediaciones de las universidades, sobre todo en París²⁴. La dependencia del librero y de sus colaboradores a las universidades es una nota que se halla presente en las universidades con independencia de su localización y especialidad, dándose tanto en París, Oxford, Bolonia, Salamanca o Valladolid. Las disposiciones de los estatutos universitarios respecto a los oficios de los libros nunca se convirtieron en letra muerta, como lo atestigua la figura de los *peccarii*, una especie de correctores especializados designados por las mismas instituciones para ejercer el control de calidad de los *exemplaria*, ante “la negligencia generalizada de los estacionarios y la degradación de los modelos para copiar” (Colla, 2010, pág. 192)²⁵.

Esta vigilancia de las universidades sobre la producción de los textos no impidió que algunas copias de los ejemplares aparecieran –y permanecieran– con notas que seguramente no habrían sido autorizadas; mediante estas fugas en el sistema de control, es que puede hoy apreciarse en qué medida el libro había perdido el carácter sacramental del período carolingio. Estudiantes necesitados de ingresos extras podían obtenerlos como escribas de misales o salmos para particulares, y en ocasiones, al llegarles alguna de las piezas universitarias podían incluir en el margen de los libros de texto algunas notas que podrían llamarse críticas textuales consistentes en interpelaciones al autor tales como “embustero, idiota, estupideces, tú mientes”. Esos mismos estudiantes, ‘compensaban’ la ausencia, en las ediciones modestas, de letras ornamentales vivamente coloreadas e ilustradas, “con figuras haciendo muecas,

sacando la lengua, o con pequeños animales ventrudos, caricaturas de sus profesores” (Ilin, 1990, pág. 90).

Los controles de la universidad por lo escrito se ejercían también sobre las tesis, y las prohibiciones pueden dar la impresión de la diversidad de corrientes que circularían por los claustros, si se atiende a los títulos mismos, para lo que bastarían estos tres ejemplos recogidos del *Chartolarium Universitatis Parisiensis* ‘El cristianismo encierra, al igual que las otras religiones, errores y fábulas’; ‘La doctrina cristiana entorpece el progreso de la ciencia’, ‘La dicha sólo existe en esta vida y no después de la muerte’²⁶.

El arte de ilustración de los libros descripta en la época carolingia es ahora diferente; las miniaturas, cuando están, se hacen en serie. Hay una tendencia a la simplificación y reducción al mínimo del carácter ornamental, y hasta solía dejarse en blanco el espacio de las iniciales, abaratando el costo del manuscrito, permitiendo a su comprador la opción de rellenar esos espacios en blanco contratando un miniaturista o iluminador. Aunque se ha dicho que los resultados son relativamente estables a las variaciones de localización, aquí cabe aclarar que se presentaba una diferencia entre los textos de las universidades que se especializaban en derecho como Bolonia (por lo general con el arte de iluminación incluido), y las de filosofía y teología, como la de París (ediciones sencillas para ser completadas según el patrimonio del comprador).; posiblemente pueda explicarse por la diferencia de riqueza de las comunidades de estudiantes y profesores de unos y otros centros²⁷. También puede advertirse una modificación en el tipo de escritura, ahora más apretada que permite una gran compresión de la cantidad de texto en una misma línea, a lo que se prestará de manera especial la verticalidad de la minúscula gótica, de escritura más rápida, que se presenta con variaciones menores según los distintos centros universitarios (letra parisiense, inglesa, boloñesa) se intensifica también el uso de las abreviaturas con la misma finalidad²⁸. La tipografía se complementa con una novedad en la técnica de escribir conocida de los tiempos carolingios pero generalizada a partir del siglo XII, el reemplazo del habitual cálamo por la pluma, generalmente de ganso que permite avanzar la velocidad de la escritura con una estilización de los trazos²⁹.

En cuanto a la lectura, siendo cierto que por entonces se produce un incremento de la lectura silenciosa, no lo es que se redujera a ella; subsisten la lectura ‘en voz baja’ y la lectura pronunciada en ‘voz alta’. La lectura de los textos universitarios pública era, naturalmente, del último tipo, mientras que la lectura silenciosa se va tornando más apta para el estudio privado de los textos, en la medida que exigen concentración y silencio, mientras que la lectura ‘en voz baja’ era más utilizada para la meditación, o como apoyo a la memorización³⁰. La lectura silenciosa gana terreno desde la introducción del espaciado entre palabras hacia el siglo VII y

se va generalizando de modo sistemático desde fines del siglo XII; puesto que permite recorrer el texto a mayor velocidad, y por lo tanto leer más en el mismo tiempo disponible, “fue adoptada por las instituciones del saber alrededor del siglo XII y dos siglos más tarde por la aristocracia laica” (Littau, 2008, pág. 38) y se extendió su uso sobre todo entre los lectores más instruidos. Este deslizamiento hacia la lectura silenciosa se consolidaría dos siglos más tarde, con la introducción conjunta de la imprenta y la reforma luterana.

¿Qué tipo de lectura se hacía de los textos? Unas notas de la enseñanza permitirán apreciar de qué manera los libros de texto se insertaban en la enseñanza, dando cuenta también del celo de las universidades por el uso de los libros. Bastaría señalar que en los programas de las universidades no se hacían referencias a ‘asignaturas’ sino a libros para indicar que la misma enseñanza los tenía como ejes, con la *lectio* concebida como unidad didáctica. En términos generales, había dos modalidades denominadas *expositio* o *quaestio*. En la primera, a la lectura (*lectio*) de las obras seguían comentarios orientados por temas o argumentaciones previamente seleccionadas (*expositio*). Las notas tomadas de estas lecturas eran, para muchos estudiantes sin posibilidad de adquirir el libro, su único texto; al parecer, los alumnos podían llegar a apedrear al lector si no les resultaba satisfactorio, lo que motivó que algunos profesores pusieran a otros de menor rango como *recitatores* (y receptores, posiblemente)³¹. Un modo alternativo consistía en construir, siempre sobre la base del texto, el conjunto de problemas esenciales (*quaestiones*, equivalente en el latín medieval al *problemata* del griego) que se habría de discutir³². Uno y otro modo requieren del texto mismo. La *disputatio* no difería esencialmente de la *quaestio*, sino en que requerían de al menos dos personas para la presentación de argumentos, objeciones y contraargumentos, pero siempre debía haber (*disputatio legitima*) un tema central establecido. Muchas de estas cuestiones reunidas en una colección daban lugar a publicaciones del profesor (*quaestiones disputatae*) que servían como libro texto, o a una suerte de apuntes escritos por los estudiantes que se conocían como *reportatio*³³.

Finalmente, regresando a la pregunta de la Introducción, este trabajo muestra que las primeras universidades europeas tenían una relación con los libros que difiere fuertemente en intensidad y naturaleza de la descrita por los estudios de alfabetización académica para las universidades actuales en nuestro medio. La universidad misma contribuye, participa y actúa en la revolución del libro del siglo XIII, que es muy diferente en sus aspectos materiales y formales del libro de la época carolingia.

Las limitaciones más evidentes de este trabajo provienen de dos déficits: (a) el recorte vertical en el tiempo es tan estrecho que impide una perspectiva que dé cuenta del movimiento de los

ejes de estudio (b) la escasa amplitud del ángulo de visión horizontal, que deja sin mencionar, o sólo menciona lateralmente, los efectos que sobre las dimensiones de análisis tienen algunas variables, entre las que pueden mencionarse las órdenes mendicantes³⁴, el advenimiento del papel³⁵, la generalización del aristotelismo ya entrado el siglo XIII en París³⁶, los sistemas de acreditación³⁷, la ubicación geográfica de las universidades con respecto a las ciudades³⁸. Se espera que estas limitaciones resulten atenuadas con la integración de este trabajo en la Tesis.

5. Bibliografía

Abbagnano, N., & Visalberghi, A. (2008). *Historia de la pedagogía* (Primera edición. Vigésima reimpresión ed.). (J. Hernández Campos, Trad.) México D. F.: Fondo de cultura económica.

Abulafia, A. S. (2006). Intellectual and cultural crativity. En P. Daniel, *The Central Middle Ages. Europe 950-1320* (Primera edición ed., págs. 149-177). Oxford: Oxford University Press.

Bark, W. C. (1978). *Orígenes del mundo medieval* (Primera edición ed.). (Mirlas, Trad.) Buenos Aires: Eudeba.

Bühler, J. (2006). *La cultura en la Edad Media. El primer renacimiento de occidente* (Primera edición ed.). (A. Steiner, Trad.) Barcelona: Reditar Libros.

Carlino, P. (2003). Alfabetización académica: un cambio necesario, algunas alternativas posibles. *Educere. Investigación* , 6 (20), 409-420.

Carlino, P. (2009). *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. (Primera edición, cuarta reimpresión ed.). Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Carlino, P., & Estienne, V. (2004). ¿Pueden los universitarios leer solos? Un estudio exploratorio. *Memorias de las XI Jornadas de Investigación en Psicología* (págs. 169-173). Buenos Aires: Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

Carr, E. (1993). *¿Qué es la historia?* (Primera edición ed.). (R. Maura, Trad.) Buenos Aires: Planeta.

Certau, M. d. (1975). *L'Écriture de l'histoire* (Primera edición ed.). París: Gallimard.

Chartier, A.-M. (2004). La memoria y el olvido, o cómo leen los jóvenes profesores. En B. Lahire, *Sociología de la lectura* (H. García, Trad., Primera edición ed., págs. 109-138). Barcelona: Gedisa.

Chartier, R. (1994). *ELibros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Primera edición, primera reimpresión (M. Armiños, Trad.) Buenos Aires: Lumen.

Chartier, R. (2005b). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (Tercera edición [Original 1992, L'ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIV et XVII siècle] ed.). (V. Ackerman, Trad.) Barcelona: Gedisa.

- Chartier, R. (2005a). *El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo Escrito* (Primera edición ed.). (M. Cinta, Trad.) México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, R. (2006). *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)* (Primera edición [Original 2005, Inscrivere et effacer] ed.). (V. Goldstein, Trad.) Buenos Aires: Katz.
- Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo* (Primera edición ed.). (M. Garita Polo, Trad.) Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (2002). *Os desafíos da escrita* (Primera edición ed.). (F. Moretto, Trad.) San Pablo: FEU.
- Chartier, R. (2005c). *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero* (Primera edición, primera reimpresión ed.). (A. Pescador, Trad.) México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Colish, M. (1998). *Medieval Foundations of the Western Intellectual Tradition. 400-1400* (Primera edición, primera reimpresión ed.). Yale: Yale University Press.
- Colla, F. (2010). *Escribas, monjes, filólogos, ordenadores...La preservación de la memoria escrita en Occidente* (Primera edición ed.). Córdoba. Argentina: Alción.
- Corèdon, C., & Williams, A. (2004). *A dictionary of medieval terms and phrases* (Primera edición ed.). Cambridge: Brewer.
- Dahl, S. (2003). *Historia del libro* (Primera edición, tercera reimpresión [Original 1972, Bogens historie] ed.). (A. Adell, Trad.) Madrid: Alianza.
- Díez-Borque, J. M. (1995). *El libro. De la tradición oral a la cultura impresa* (Segunda edición ed.). Barcelona: Montesinos.
- Finkelstein, D., & McCleery, A. (2006). *An Introduction to Book History* (Primera edición ed.). New York: Routledge Taylor & Francis.
- Giovannini, G. (1992). *Del pedernal al silicio. Historia de los medios de comunicación masiva* (Segunda edición ed.). (H. Ferrero, Trad.) Buenos Aires: Eudeba.
- Hamesse, J. (2006). *Theological Quodlibeta in the Middle Ages. The thirteen century* (Primera edición ed.). Boston: Christopher Schabel.
- Haswell, R., Briggs, T., Fay, J., Gillen, R., Shupala, A., & Trevino, S. (1999). Context and Rhetorical Reading Strategies. *Written Communication*, 16 (1), 3-27.
- Hobsbawm. (1998). *Sobre la historia* (Primera edición ed.). (J. Beltrán, & J. Ruiz, Trads.) Barcelona: Crítica.
- Ilin, M. (1990). *Historia del libro* (Primera edición ed.). (L. Laragione, Trad.) Buenos Aires: Leviatan.
- Infelise, M. (2004). *Libros prohibidos. Una historia de la censura* (Primera edición ed.). (H. Cardoso, Trad.) Buenos Aires: Nueva Visión.
-

- Johnson, P. (1999). *Historia del cristianismo* (Primera edición [Original 1976: A History of Christianity] ed.). (A. Leal, & F. Mateo, Trads.) Barcelona: Javier Vergara Edioor.
- Koyré, A. (2007). *Estudios de historia del pensamiento científico* (Décimosexta edición. [Original 1973: études d'histoire de la pensée scientifique] ed.). (E. Pérez Sedeño, & E. Bustos, Trads.) México D. F.: Siglo veintiuno.
- Labarre, A. (2002). *Historia del libro* (Primera edición en castellano [Original 1970, Histoire du livre] ed.). (O. Álvarez Salas, Trad.) México D. F.: Siglo xxi.
- Lahire, B. (2004). *Sociología de la lectura* (Primera edición ed.). (H. García, Trad.) Barcelona: Gedisa.
- Le Goff, J. (1992). *La civilización del occidente medieval* (Primera edición[Original 1982, La civilisation de l'occidente medieval] ed.). (G. González, Trad.) Barcelona: Paidós.
- Le Goff, J. (1996). *Los intelectuales en la Edad Media* (Primera edición ed.). (A. Bixio, Trad.) Barcelona: Gedisa.
- Le Goff, J. (1995). *Pensar la historia* (Primera edición ed.). (M. Vasallo, Trad.) Barcelona: Altaya.
- Le Goff, J. (2005). *The birth of Europe* (Primera edición ed.). (J. Lloyd, Trad.) Oxford: Blackwell publishing.
- Littau, K. (2008). *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía* (Primera edición ed.). (E. Marengo, Trad.) Buenos Aires: Manantial.
- McKitterick, R. (2004). *History and Memory in Carolingie World* (Primera edición ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Nava Rodríguez, M. T. (1992). *La educación en la Europa Moderna* (Primera edición ed.). Madrid: Síntesis.
- Pedersen, O. (2000). *The first universities. Studium generale and the origins the university education in Europe* (Primera edición, segunda reimpresión ed.). (A. Northon, Trad.) Cambridge: Cambridge University Press.
- Pirenne, H. (2011). *Las ciudades de la Edad Media* (Primera edición ed.). (C. Giménez, Trad.) Buenos Aires: Claridad.
- Poly, J.-P., Vauchez, A., & Fossier, R. (2001). *El despertar de Europa, 950-1250* (Primera edición ed.). (J. Bignozzi, R. Santamaría, P. Roqué, & M. Latorre, Trads.) Barcelona: Crítica.
- Poulain, M. (2004). Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de las sociología de la lectura en Francia en el siglo XX. En B. Lahire, *Sociología de la lectura* (H. García, Trad., Primera edición ed., págs. 17-58). Barcelon: Gedisa.
-

- Power (Ed.), D. (2006). *The Central Middle Ages. Europe 950-1320* (Primera edición ed.). Oxford: Oxford University Press.
- Roest, B. (2000). *A history of Franciscan education (c. 1210–1517)* (Primera edición ed.). Leiden: Brill.
- Romero, J. L. (2008). *Estudio de la mentalidad burguesa* (Segunda edición, primera reimpresión ed.). Buenos Aires: Alianza.
- Romero, J. L. (2006). *La Edad Media* (Primera edición (1949), decimotercera reimpresión ed.). Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Steiner, G. (2007). *Los logócratas*. México D. F.: Fondo de cultura económica/Siruela.
- Sullivan, R. (1989). The Carolingian Age: Reflections on Its Place in the History of the Middle Ages. *Speculum*, 64 (2), 267-306.
- Tagle, M. (2007). *Historia del libro. Texto e imágenes*. Buenos Aires: Alfagrama.
- Touchard, J. (1996). *Historia de las ideas políticas* (Quinta edición, quinta reimpresión ed.). (J. Pradera, Trad.) Madrid: Tecnos.
- Vignaux, P. (1999). *El pensamiento en la Edad Media* (Primera edición ed.). (T. Segovia, Trad.) Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Notas

¹ El investigador y el mismo lector se hallan instalados en una época que le proporciona, entre otras cosas, las categorías con las que juzga e interpreta lo que se le presenta y aparece. Los historiadores no se trasladan de época echando mano a palabras desusadas o, en palabras de Edward Carr, “tampoco serían mejores historiadores de Grecia o Roma por dar sus conferencias con la clámide y la toga” (1993, pág. 33).

² La envergadura de las ciudades medievales europeas es mucho más modesta que las bizantinas; la mayoría de las ciudades llamadas grandes tenía unos 10000 habitantes hacia este período que se inicia en el siglo XII. Con el crecimiento de la población urbana, hacia mediados del siglo XIII eran excepcionales las ciudades de Palermo, Génova, Londres, Córdoba, Bolonia, Milán con más de 50000, sólo Florencia y Venecia alcanzaban los 100000; la más poblada era, por mucho, París con casi doscientos mil habitantes al finalizar la centuria (Le Goff, *The birth of Europe*, 2005, pág. 102). La atmósfera de seguridad y libertad de la ciudad habría incitado a comerciantes y artesanos a congregarse en los núcleos urbanos iniciales; el proverbio alemán ‘*Die Stadtluft macht frei*’ [El aire de la ciudad libera] citado por Pirenne (2001, 112) como válido en toda la región sería un indicio de este clima. Otras interpretaciones en (Touchard, 1996, págs. 142-146).

³ La política de los reyes, por ejemplo de los Capetos en el siglo XII, ciertamente tendía a apoyar lo que pudiera debilitar el feudalismo; cabría precisar que el fenómeno de proliferación de las ciudades, aunque también en Inglaterra fue de gran intensidad, se presentó allí con un carácter diferente, ya que no apoyaban la realeza sino que se aliaron con los barones contra ella. Las ciudades se ven inicialmente junto a los ríos o las costas y sólo hacia el siglo XII aparecen en rutas que unen los ríos mayores (Pirenne, 2011, págs. 80, 105, 131). El incremento de la población es tal que “para todo el conjunto de Europa, el crecimiento iría de 27 millones hacia el 700, hasta 42 en el año mil y hasta 73 en el 1300” (Le Goff, 1992, pág. 57).

⁴ Es conocida la taxonomía gruesa (Adalberón de Laon) que toma como criterio demarcatorio la acción dominante o principal que es predicable de cada clase: rezar (clérigos), proteger (nobles), trabajar (siervos). En esta clasificación no se desconoce que algunos miembros de la primera clase, particularmente los monjes, pudieran desempeñar varias de las funciones tales como el trabajo y el estudio entre los benedictinos; lo que introduciría de nuevo el llamado “intelectual medieval” es su dedicación principal, prácticamente exclusiva al oficio. Para la mayoría de los monjes, la tarea de copiado-escritura de un texto no se desarrolla ordenada a un interés específico en el contenido del texto, sino que es considerada primordialmente como el cumplimiento de una misión que requiere un esfuerzo de tal envergadura que es considerado una penitencia salvífica: un buen copista profesional raramente alcanzaba a escribir tres páginas en un día, y puede estimarse que un manuscrito de dimensiones corrientes le demandaría a un solo copista alrededor de tres meses. (Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, 1996, pág. 25 ss; Corèdon & Williams, 2004, págs. 77, 252; Colla, 2010, pág. 159; Labarre, 2002, pág. 32).

⁵ Por supuesto, las primeras manifestaciones de la burguesía no se producen simultáneamente en todas las regiones; en Italia puede hablarse de una irrupción documentada del fenómeno ya hacia el siglo XI con el movimiento popular de los *pataria* (Bühler, 2006, pág. 88).

⁶ Cada *scriptorius* requería de abundante materia prima, principalmente el pergamino, escaso y costoso, para lo que basta el dato de que para una Biblia se necesitaba la piel de más de trescientas ovejas (Díez-Borque, 1995, pág. 51), o que hacia el siglo X eran necesarios “200 ovejas, tres toneles de trigo y varias pieles de marta en pago de un solo sermionario” (Dahl, 2003, pág. 74). Un abad recomienda a los redactores “velad porque el frenesí de vuestra pluma no resulte un inútil gasto de pergamino” (Chartier R., 2006, pág. 35). Los monasterios mejor posicionados contaban con bosques donados por algunos príncipes para contar con una reserva de pieles vivientes a las que acudir mediante la caza. La escasez y costo del pergamino explica el *palimpsesto*, nombre dado al documento que resulta de la práctica de borrar la escritura anterior para reescribir un nuevo texto. Los copistas no eran necesariamente especializados, aunque en ocasiones algunos expertos eran requeridos desde otros monasterios para cumplir encargos especiales. También funcionaban en el sentido inverso, recibiendo monjes inexpertos como aprendices. Los *scriptoria* funcionaban como bibliotecas y eran prácticamente las únicas, con un número de ejemplares no muy elevado: “los 666 de *Bobbio* en el siglo X eran cifras considerables” (Labarre, 2002, pág. 39) y se dice que la biblioteca que el confesor de Luis IX, Robert de Sorbon, donó al colegio universitario de la Universidad de París era considerada una de las más importante del Occidente medieval hacia el siglo XIII, con algo más de 1000 ejemplares (Colla, 2010, pág. 178).

⁷ Una de las principales características de la minúscula es que requiere más espacio para desarrollarse ya que ocupa cuatro líneas en lugar de dos, puesto que el cuerpo principal de la letra rebasa hacia arriba por su trazo vertical (la lanza de las letras b, d, h, l) o por debajo (la cola de f, g, p, q). La cursiva, tipografía rápida utilizada para documentos oficiales, pasó al libro en la época merovingia, acercándose mucho a la minúscula. La minúscula carolingia, surgida hacia el 800 en el *scriptorium* de Corbie de una fusión entre tipos intermedios de los anteriores, se extendió con rapidez (Labarre, 2002, págs. 32-35; Corèdon & Williams, 2004, págs. 164, 193, 284; Dahl, 2003, págs. 54-58; Colla, 2010, pág. 164).

⁸ Al decir de Pirenne “son las primeras escuelas laicas de Europa desde el fin de la Antigüedad” (2011, 132-133) y a ellas se debe que la enseñanza dejara de ser un servicio para los novicios de los monasterios o el clero parroquial. La enseñanza en estas escuelas se limitó a lo elemental y quienes pretendían prolongar sus estudios debían ingresar en alguna de las instituciones del clero. El conocimiento de la lectura y la escritura ya no estuvo reservado para los miembros del clero ya que eran necesarios para muchas de las actividades económicas en los burgos.

⁹ La clasificación de los tipos de escuela y sus tipos de instrucción puede servir como una orientación en un contexto por lo demás bastante complejo; para probar que de las escuelas monásticas también surgían personalidades excepcionales bastaría mencionar a Ruperto de Deutz (c.1075/80–1129), Honorius Augustodunensis (c.1070–c.1140) Hildegarda de Bingen (1098–1179), Bernardo de Clairvaux (c.1090–1153) (Abulafia, 2006, pág. 152). Tampoco debe entenderse que cada monasterio o parroquia tuviese su escuela, considerando la fuerte personalidad que diferenciaba las instituciones. En la instrucción elemental la preparación del maestro apenas excedía la de sus alumnos. Por otra parte, acontecimientos como la reforma benedictina del año 817 impulsada por Luis el Piadoso a instancias de San Benito de Aniane resultaron, en los hechos, en la práctica desaparición de las escuelas exteriores de los monasterios de la orden (Abbagnano & Visalberghi, 2008, pág. 151; Le Goff, 1996, pág. 27). Sin embargo, no es sino hasta el siglo XII en que el número e importancia de las escuelas urbanas supera a las escuelas monásticas. “Los nuevos centros escolares, salidos de las escuelas episcopales, se independizan de ellas en lo referente al reclutamiento de sus maestros y de sus alumnos y en lo que atañe a sus programas y a sus métodos. [...] El estudio y la enseñanza se convierten en un oficio, en una de las numerosas actividades especializadas del taller urbano [...] El libro se convierte en un instrumento y no en un ídolo” (Le Goff, La civilización del occidente medieval, 1992, pág. 71).

¹⁰ Una concisa y precisa presentación del carácter y sucesión de estas escuelas, como así también de sus modos de organización se encuentra en (Abulafia, 2006, págs. 149-177), especialista en historia intelectual de los siglos XII y XIII europeo, del Cavendish College (Cambridge).

¹¹ Para una noticia acerca del modo en que los textos escritos y sus lecturas se convirtieron en símbolos de la autoridad y el conocimiento en el reino carolingio, cimentando un sentido de identidad y de proyectos compartidos por los Francos, con los textos de Beda el Venerable, el mismo Alcuino, Hrabano Mauro, puede verse un completo estudio en (McKitterick, 2004, págs. 218-244), profesor de Historia Medieval de la Universidad de Cambridge.

¹² En esta concepción la libertad al lector es tal que ya no se distingue entre la lectura y su interpretación, o más precisamente “las estrategias de interpretación no se ponen en funcionamiento después de la lectura: son la forma misma de la lectura y, por esa razón, dan forma a los textos, constituyéndolos, en lugar de emanar de ellos como se supone habitualmente” Stanley Fish, citado por Karin Littau (2008, pág. 179). No hay textos, sino lectores, es el lector el que aporta la totalidad, los textos ya no son siquiera la fuente de sus interpretaciones, sino que, por el contrario, la interpretación es la fuente de los textos. La crítica de esta postura parte de preguntarse qué es lo que el lector estaría interpretando, si el texto ha desaparecido.

¹³ El mismo Eric Hobsbawm, sin negar el carácter narrativo de la historia, apunta que esto no contradice de manera alguna a su carácter científico: “si sus textos son ficticios, y lo son en cierto sentido, pues son composiciones literarias, la materia prima de estas ficciones son hechos verificables... si la historia es un arte imaginativo, es un arte que no inventa, sino que organiza sus *objets trouvés*” (Hobsbawm, 1998, pág. 271). Por supuesto, estos objetos son, menos que encontrados, seleccionados por el historiador, dejando de lado otros que también están allí y él desestima. “Es el historiador quien ha decidido, por razones suyas, que el paso de aquel riachuelo, el Rubicón, por César, es un hecho que pertenece a la historia, en tanto que el paso del Rubicón por millones de otras personas antes y después, no interesa a nadie” (Carr, 1993, pág. 15).

¹⁴ El término *universitas* no tenía ningún otro significado que el de corporación y fue tomado del vocabulario técnico del derecho romano, y su primera aparición documentada data de 1215, y no designaba otra cosa que el hecho mismo de la sociedad constituida para defender derechos colectivamente; el término *studium generale* era el más apropiado par designar una universidad. Ningún estudiante, fuera de París, Oxford o Bolonia se veía a sí mismo como un *universitario*, término que podía ocasionalmente mencionar para referirse genéricamente al conjunto de todas las personas asociadas, pero no de manera especial, ni principal a la comunidad de profesores y alumnos; sólo mas tarde, hacia fines del siglo XIV, los gremios empiezan a denominarse *universitates magistrorum et studentium* y el término *universitas* comenzó a utilizarse como sinónimo de *studium*, consolidándose en el lenguaje desde el siglo XV (Le Goff, 1996, pág. 79; Nava Rodríguez, 1992, págs. 190-194; Abbagnano & Visalberghi, 2008, págs. 153-155; Pedersen, 2000, págs. 144-145; Colla, 2010, págs. 174-175).

¹⁵ En esta lista, la Lógica se dividía en antigua y nueva siendo los textos para la *Logica vetus: Isagoge* (Porfirio); *Topica, Divisiones* (Boecio); *Praedicamenta, De Sophisticis, Elenchis, Topica, Analytica Priora* (Aristóteles), mientras que para la *Logica nova: Analytica Posteriora* (Aristóteles), *Liber Sex Principiorum* (Gilberto de Porres). Para la Gramática: *Institutiones Grammaticae* (Prisciano), *Barbarismus* (Donatus). En filosofía, la *Physica* y *Metaphysica* (Aristóteles). En ciencias *De Animalibus, De Caelo et Mundo, De Generatione et Corruptione*,

Meteorologica (Libros I y IV) (Aristóteles), *De Plantis* (Theophrastus). En *Psicología, De Anima, De Sensu et Sensato, De Sompno et Vigilio, De Memoria et Remiscentia, De Differentia Spiritus et Animae, De Morte et Vita* (Aristóteles) y en filosofía práctica la *Ethica Nicomachea* (Aristóteles). Este listado contiene lo mínimo para el grado de bachiller y se añade alguna obra necesaria para el inicio de los estudios necesarios para los aspirantes a obtener el grado de *maestro*. Puede verse una discusión acerca del carácter renovador de este syllabus, primera avanzada de un Aristóteles 'nuevo' en la universidad en (Pedersen, 2000, págs. 277-282). Para un panorama más general, puede verse (Colla, 1998, págs. 265-274).

¹⁶ "Si se comparan las listas de gravamen parisienses de 1275 (ciento treinta y ocho artículos) y de 1304 (ciento cincuenta y seis artículos) se puede constatar que las coincidencias son escasas (Colla, 2010, pág. 192).

¹⁷ "Hoy los clérigos y letrados son como los nobles incapaces en la guerra. Permanecen estúpidos ante un libro de lectura para niños como ante un repentino espectáculo de teatro, pues ignoran que éstos son los instrumentos de los clérigos, siendo así que el herrero sabe que las redes son los instrumentos del pescador y el pescador sabe que el yunque y el martillo son los instrumentos del herrero", dice Giraud de Barri citado en (Le Goff, 1996, págs. 69-70). Puede verse también (Le Goff, 1992, págs. 71, 305-307)

¹⁸ En la Universidad de Bolonia, reconocida como tal en 1158, surgió la escuela de los denominados *glosadores* aludiendo a los comentaristas, a veces más extensos que el mismo texto, que insertaban en los libros de estudio. (Tagle, 2007, pág. 129). Se puede hablar de una diferenciación de formatos en los últimos siglos del manuscrito: el libro de gran folio, que es un libro de estudio y de universidad y el libro en formato de *quarto* más común en los textos clásicos; más tarde, el *libellus*, un libro fácilmente transportable para usuarios tanto religiosos como laicos "el libro impreso será heredero de esa tradición" (Chartier, 1994, pág. 22-23).

¹⁹ El principio de señalización es el mismo que actualmente se utiliza para insertar hipervínculos entre las distintas secciones de un texto.

²⁰ La incapacidad de leer no dejaba fuera del mundo de los textos por la cultura fuertemente oral (Poly, Vauchez, & Fossier, 2001, pág. 93).

²¹ La *pecia* representaba no sólo la solución al problema de reproducir más copias de un mismo texto, sino que permitía también entregar libros (fascículos) que reproducían un texto idéntico al de cada lección universitaria" (Giovannini, 1992, pág. 59).

²² La cita es de (Diez-Borque, 1995, pág. 46). En el mismo autor, se menciona que entre las funciones fuera de lo ordinario, los *stationarii* solían hacerse cargo de los ejemplares que estaban en poder de "alumnos que fallecían, abandonaban o concluían sus estudios". En realidad, parece más bien que los dos tipos de libreros convivieron desde el principio, distinguidos por sus funciones, aunque naturalmente sucedería que el incremento del tráfico de manuscritos traería la fusión de ambas categorías, según (Colla, 2010, pág. 176).

²³ "En Bolonia se empleaban entre diez y quince meses para la copia de un manuscrito jurídico y el precio era equivalente a entre un diez y un treinta por ciento del salario de un profesor" (Giovannini, 1992, pág. 60).

²⁴ Los privilegios de los *stationarii* se extendían en ocasiones a los encuadernadores; también estos libreros podían vender sus manuscritos a otras universidades; por lo general el librero local vendía el material en el que la universidad se destacaba (Salerno y Montpellier editaba obras de medicina, París de filosofía y teología, Bolonia ciertamente obras de derecho). Cada carrera requería de una bibliografía específica, y algunos textos eran, en consecuencia, más abundantes que otros en una dada universidad.; a modo de ejemplo, los estudiantes de teología debían contar seguramente con las *Sentencias* de Pedro Lombardo, los de derecho canónico el decreto pontificio *Clementinas*, los de derecho civil el *Código* de Justiniano. (Dahl, 2003, pág. 74; Colla, 2010, págs. 191-192; Tagle, 2007, pág. 130).

²⁵ La actitud de los copistas en lo que respecta a las obras escolásticas es resumida por Fernando Colla: "Los *scriptoria* dedicaban una atención particular a los libros escolares que, por razones, evidentes, exigían una copia absolutamente fiel al original: la más mínima corrupción podía crear confusión en el lector..." (2010, pág. 203).

²⁶ La lista es citada en (Bühler, 2006, pág. 48). Para tener un negativo de las corrientes que no podían cristalizarse en escritos circulantes, puede verse el breve estudio de (Infelise, 2004).

²⁷ Para ampliar las dimensiones de la diferenciación entre las universidades especializadas en derecho y las de filosofía y teología, puede verse (Le Goff, 1996, pág. 88; Pedersen, 2000, págs. 122-155).

²⁸ "La letra de *summa* tiene ángulos menos marcados; generalmente más pequeña, sirve para la escritura de los manuscritos de estudio, las 'sumas, es decir los tratados jurídicos, teológicos, médicos. Más tardía es la bastarda..." (Labarre, 2002, págs. 44-45). Algunas abreviaturas no tenían por objeto el ahorro de espacio, sino más bien realzar algunas palabras, como en eps (*episcopus*), dns (*dominus*). Sólo un lector muy competente podía leer un texto sin el auxilio de un diccionario de abreviaturas, cada vez más numerosas.

²⁹ El aumento de la velocidad de escritura procedía del arco mayor que puede recorrer la pluma con pequeños movimientos de la mano (*ductus*). Menos aptas, pero más abundantes que la pluma de ganso, las plumas de pato, cuervo, cisne podían cubrir las necesidades derivadas por la escasez de plumas de ganso, que se gastaban muy rápidamente (Colla, 2010, págs. 163-164).

³⁰ Sin embargo, Roger Chartier observa que la lectura que permite la memorización puede ser tanto "silenciosa, subvocalizada u oralizada sin que eso tenga mucha importancia" (2006, pág. 33).

³¹ Una curiosa reseña cuenta que, tras hacer un experimento 'pedagógico' consistente en separar dos grupos, uno de los cuales escuchaba la lectura a un ritmo que le impedía tomar notas, se concluyó que era preferible este procedimiento al de hacerlo lentamente permitiendo a los alumnos llevar sus apuntes. Esto dio lugar a algunos revuelos que podían terminar en una pedrea al profesor (Pedersen, 2000, págs. 253-257).

³² Las variantes de una y otra forma eran muchas, pero cabe decir que en la *expositio* se hacía un análisis del texto dividido en segmentos (*divisio textus*), mientras que en las *quaestiones*, tras presentar una pregunta que el maestro quiere responder afirmativamente, se presentan las objeciones (*objections*) que llevarían a una respuesta negativa y luego las contraobjeciones que suelen iniciarse con la locución *Sed contra* y finalmente la solución se inicia con el término *Respondeo* en que se muestra de qué modo las *solutiones* responden las objeciones y el problema planteado. Puede verse una detallada discusión en (Pedersen, 2000, págs. 255-285).

³³ Esta muy esquemática descripción puede ser ampliada en (Pedersen, 2000, págs. 246-266). En el espacio de esta nota puede decirse que la *expositio* reconoce una primera ampliación de la *lectio* que se denominaba *meditatio* que pronto pareció insuficiente de modo que incorporó y elaboró las explicaciones que los lectores-autores añadían en los márgenes, superponiendo a la *lectio* la explicación de frases o *litterae* y la sentencia (*sententia*). Es en realidad sobre este escrito que se organizaba la *quaestio*. El género *disputatio* adoptó el nombre *quaestio disputata* porque lo que se discutía era una cuestión; un subgénero, la *quaestio quodlibetal* (debiera preferirse el término *quaestiones de quolibet ad voluntatem cuiuslibet*) eran cuestiones acerca de un tema propuesto por el autor, como lo son la docena de *Quodlibeta* de Santo Tomás o las *Quaestiones de predicamentis in divinis* de Jacobo Viterbo. Puede verse una discusión especializada en (Hamesse, 2006, págs. 17-48).

³⁴ Sobre este punto, puede verse un estudio enfocado a la controversia acerca de las órdenes mendicantes en las universidades en (Roest, 2000, págs. 5-115).

³⁵ El papel, conocido por los árabes a través de su penetración en Oriente y producido desde finales del siglo VIII en toda la región musulmana, entraría luego en el califato de los omeyas de Córdoba extendiéndose a la región de Andalucía, llegando hacia el siglo X a

Toledo y Valladolid. Ya en el siglo XII la importación del papel a Europa se verificaba a través de Sicilia. A pesar de su costo menor (alrededor de la tercera parte en los principios de fabricación artesanal, la sexta parte cuando se introdujo de modo sistemático el molino de agua en su fabricación) no se difunde con rapidez por razones culturales (Colla, 2010, págs. 208-218; Tagle, 2007, pág. 140; Labarre, 2002, pág. 53; Díez-Borque, 1995, pág. 51; Dahl, 2003, pág. 77).

³⁶ París sólo descubre hacia 1200 la Física, la Metafísica, la Ética y la Política, cincuenta años después que Toledo (la Metafísica comentada de Avicena es de mediados del siglo XII,) y de la mano de los comentaristas árabes, que los recibieron de los sirios, que eran cristianos. Un panorama del impacto sobre el clima intelectual de estas obras, y la medida en que puede decirse que el aristotelismo en las universidades medievales fue ciencia antes que filosofía puede verse en (Vignaux, 1999, págs. 68-82; Koyré, 2007, págs. 21-32).

³⁷ En el capítulo *The road to degrees*, el profesor Olaf Pedersen detalla los recorridos que, con algunas variantes y flexibilidad, conducían a los distintos grados otorgados por la universidad (Pedersen, 2000, págs. 242-270).

³⁸ Las limitaciones esperan ser reducidas con el desarrollo de la Tesis de Doctorado de la que este trabajo forma parte. Expreso mi profundo agradecimiento a la Dra. Rut Sautu de la Universidad de San Andrés por sus invalorable y cálidas observaciones metodológicas y a mi Director de Tesis, el Dr. Mariano Palamidessi por sus generosas y agudas sugerencias. Todo acierto de este trabajo les pertenece con la misma intensidad que a mí sus defectos.
